



EL BARCO
DE VAPOR

Mi nombre es Skywalker

Agustín Fernández Paz

Ilustraciones
de Puño



sm

Primera edición: octubre de 2003
Decimonovena edición: abril de 2015

Edición ejecutiva: Paloma Jover
Revisión editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Agustín Fernández Paz, 2003
© de las ilustraciones: David Peña Toribio (Puño), 2015
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En sus ojos se veía
una infinita tristeza.

MANU CHAO:
Próxima estación: Esperanza



● 1

UN DESCUBRIMIENTO EXTRAORDINARIO

DESDE QUE INSTALARON el gran supermercado enfrente de su casa, a Raquel le encanta asomarse a la ventana y mirar a la calle. Antes no le gustaba, se aburría pronto porque en ella nunca pasaba nada, como si la vida de verdad estuviera siempre en otra parte. Pero ahora hay un continuo ajetreo de coches que van y vienen. Y en los alrededores del centro comercial se puede ver a todas horas un gran número de personas que entran y salen por las amplias puertas. Es un trasiego incesante, que a la niña le trae a la memoria las incansables hileras de hormigas que tanto la fascinaron el verano anterior, cuando descubrió los hormigueros que había en la huerta de su abuela.

Raquel ya sabe cómo es el supermercado, pues ha acompañado muchas veces a sus padres. El espacio interior es enorme, mucho más de lo que aparenta por fuera. En él hay un mundo de tiendas distintas: la pescadería, el puesto de las frutas, la carnicería, el mostrador de los quesos, la panadería... Aunque lo que más hay son pasillos y pasillos con altas estanterías a cada lado, siempre con las baldas repletas de todos cuantos productos se pueden imaginar.



Para Raquel es una fiesta acompañar a su madre los sábados por la mañana, que es el día reservado para hacer la gran compra semanal. Siempre cogen uno de los carros mayores, y la niña es quien lo conduce por los pasillos, sorteando los carros de la otra gente, mientras su madre busca en los estantes la leche, el agua, los zumos, las lentejas, los huevos y todas cuantas cosas se necesitan. Al final, el carro acaba siempre tan lleno que tienen que empujarlo entre las dos para



conseguir llevarlo hasta alguna de las cajas registradoras.

Raquel siempre contempla a la cajera con ojos fascinados. Le asombra la velocidad con que coge todo cuanto su madre ha elegido y lo pasa por delante del rectángulo de cristal negro que hace «bip, bip» y va señalando en la pantalla el coste de cada producto. Otro dependiente recoge luego las cosas y las deposita en grandes cajas de cartón, que precinta con movimientos hábiles y repetitivos como los de un robot. Más tarde, cuando el repartidor lleva las cajas a casa, es una fiesta abrirlas y sacar todo lo que contienen, como si estuvieran repletas de sorpresas inesperadas.

Al abandonar el supermercado y salir otra vez a la calle, la niña levanta la cabeza y mira hacia las ventanas de su piso. Es un juego que inventó hace ya tiempo, cuando era más pequeña y su madre siempre tenía que indicarle qué ventanas eran. Le gusta imaginar que ella también está allí, en ese mismo momento, como una hermana gemela que

la mirase a través de los cristales de la sala. «Raquel en la calle y Raquel en casa», piensa. La idea la hace sonreír, y siempre cruza una mirada cómplice con la niña imaginaria que la observa desde allá arriba.

Una tarde, algo llamó la atención de la niña. No eran los coches que iban y venían buscando un lugar donde aparcar. Y tampoco la gente, que entraba y salía por las puertas del supermercado con tantas prisas como cualquier otro día. No, lo que le llamaba la atención era una novedad en la que nunca antes había reparado: un hombre vestido con un pantalón negro y con una chaqueta de llamativos cuadros verdes y marrones, que permanecía de pie frente a la puerta de salida, inmóvil entre aquel continuo movimiento.

Desde donde estaba, Raquel solo le podía ver la espalda. Pero, a veces, cuando el hombre giraba un poco el cuerpo para seguir a alguna persona con la mirada, entonces le veía



fugazmente una parte del rostro, y veía también que sostenía una pequeña caja con la mano derecha. Debía de ser mayor, porque su pelo era escaso y ya comenzaba a blanquear.

¿Qué tenía de especial aquel hombre? Al principio, Raquel pensó que era su inmovilidad. ¡Parecía una estatua, parado en medio de tanto ajetreo! Pero, después de observarlo durante bastante tiempo, la niña se dio cuenta de que se fijaba en él por una causa más extraña.



No era solo el hombre lo que le llamaba la atención, a pesar de llevar aquella chaqueta tan estafalaria. Más bien tenía que ver con todas las personas que caminaban a su alrededor. Pasaban a su lado como si aquel ser no existiera, como si no estuviese allí, ocupando un lugar en el espacio. Eso era lo realmente extraño: ni una mirada, ni un gesto, ni una palabra. Aquel individuo parecía ser transparente para los hombres y mujeres que se cruzaban con él.

«¡Nadie lo ve, parece invisible!», pensó Raquel. Se quedó parada un momento, con los ojos muy abiertos, meditando aquellas palabras que se le habían ocurrido. Volvió a mirar con más atención. ¡Nada! Nadie le hacía ningún caso, ni siquiera recibía una mirada fugaz. «¡Ese hombre tiene que ser invisible, no hay otra explicación!».

Excitada por el repentino descubrimiento que acababa de hacer, llamó a su madre con voces impacientes.

–¿Qué quieres, hija? ¿A qué vienen esos gritos? –preguntó la madre cuando se acercó a la ventana.

–¡Mira, mamá, mira! –exclamó Raquel–. ¿Ves aquel señor que está allí, en la acera, parado frente a la puerta del supermercado?

–¿Qué señor dices? –contestó la madre, tras una mirada fugaz–. Hay mucha gente hoy, se nota que es lunes.

–El de la chaqueta de cuadros verdes y marrones, el que tiene el pelo blanco y está de espaldas a nosotras. ¿No lo ves?

–¿Pelo blanco? ¿Esto qué es? ¿Un juego nuevo? Pues no, no veo a nadie con el pelo blanco –respondió la madre, tras mirar con aire distraído–. Anda, déjame acabar de arreglarme, que tengo que salir a comprar algunas cosas.

¡Su madre tampoco lo veía! ¡Tenía que ser cierto que era invisible, no podía haber tantas casualidades! Aun así, para asegurarse, Raquel continuó observando lo que ocurría allí abajo: el hombre inmóvil, las personas pasando indiferentes a su lado. Tan solo algunos niños pequeños se paraban o volvían la cabeza para mirarlo, venciendo la resistencia de sus padres, que tiraban de ellos para no detener su marcha.

«Es invisible, ahora sí que estoy segura», pensó la niña. Claro que invisible del todo no debía de ser, pues había otros niños que podían verlo. Pero confiaba en que, como pasaban tan rápidos por su lado, ninguno de ellos se diera cuenta del secreto. Bien mirado, era una suerte que fueran solo los mayores los que no pudieran verlo. «Si no, ¿cómo iba yo a descubrirlo?», concluyó Raquel, triunfante.

Por la noche, mientras cenaban, Raquel le preguntó a su padre:

–Papá, ¿tú crees que existen los hombres invisibles?

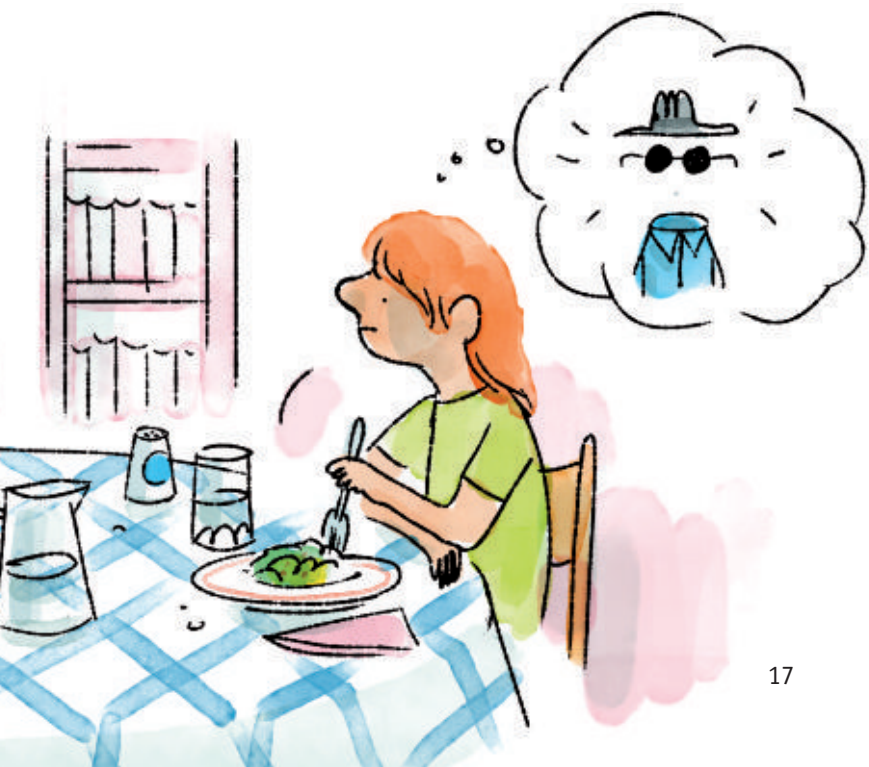
El padre, desconcertado, dejó los cubiertos sobre el plato y miró alternativamente a Raquel y a su mujer. Después, con voz amable, respondió:

–¿Por qué me preguntas eso? ¿Has visto hoy alguna película en la televisión?



–No, ninguna. Solo te lo preguntaba por si lo sabías –contestó la niña.

–Pues no, no existen, excepto en las novelas y en las películas. ¡Cómo van a existir! –el padre la miró fijamente y añadió–: ¿Acaso vuela Superman? ¿Y alguien puede pensar que Spiderman salta de un rascacielos a otro, aunque sea agarrado a esos hilos tan raros? No debes creer todo lo que ves en la televisión, ya te he explicado muchas veces que la mayoría son cosas inventadas.



Luego, dirigiéndose a la madre, añadió:

—Me parece a mí que esta niña pasa demasiado tiempo viendo la televisión. No puede ser, así no se mueve en todo el día. Por la mañana en la escuela y por la tarde en casa, eso no es nada bueno. Tenemos que llevarla al parque, para que juegue más.

—¡Pero si tiene todos los juguetes que quiere! Y no hay tarde en que no la deje ir al patio, a jugar con los otros niños —se defendió la madre, molesta por el reproche—. Lo que pasa es que la imaginación le trabaja demasiado. ¿No serás tú, con tantos cuentos como le lees, quien le mete todas esas fantasías en la cabeza?

Los padres, como en otras ocasiones, comenzaron a discutir sobre si estaban llevando bien o mal la educación de su hija. Pero esta vez Raquel apenas atendió a lo que decían. Ahora tenía un secreto muy importante, un secreto que nadie más sabía. Tan solo le faltaba acercarse a aquel hombre y asegurarse de que era real el descubrimiento que había hecho aquella tarde.

● 2

EL ENCUENTRO CON EL HOMBRE INVISIBLE

AL DÍA SIGUIENTE, la madre de Raquel comentó que iba a bajar al supermercado, pues necesitaba comprar algunas cosas para preparar la cena.

–¿Puedo ir contigo, mamá? –se apresuró a pedir la niña.

–Puedes, pero ponte otros zapatos y cámbiate la camiseta; no vas a bajar a la calle con esa pinta.

Raquel se cambió los zapatos y se puso otra camiseta, se peinó a toda prisa y corrió detrás de su madre, que ya la aguardaba ante la puerta del ascensor. Una vez en la calle, atravesaron el paso de peatones y se dirigieron al supermercado.

Allí delante estaba el hombre de la chaqueta de cuadros, como la tarde anterior. A medida que se acercaban a él, Raquel sentía que la dominaba un creciente nerviosismo. Las personas que pasaban a su lado lo seguían ignorando, pero para ella aparecía tan real como lo era su madre. Por primera vez lo podía ver de cerca, así que hizo lo posible por observar hasta el detalle más pequeño.

El hombre parecía mayor. Tenía bastantes arrugas por la cara y debía de hacer más de dos días que no se afeitaba. Su expresión

